

EL ALMA SE EXTINGUE
LAJOS
ZILAHY



BIBLIOTECA LAJOS ZILAHY



EDITORIAL
FUNAMBULISTA

El alma se extingue

Lajos Zilahy

El alma se extingue

Traducción de Francisco Oliver Brachfeld
(revisión de Anne Mayo Herczig)

BIBLIOTECA LAJOS ZILAHY



Primera edición: diciembre de 2010

Esta obra ha sido negociada por medio de la agencia Transmit

Título original: *A lélek kialszik* (1932)

© the Estate of Lajos Zilahy

© de la traducción Francisco Oliver Brachfeld, 2010

© de la revisión, Anne Mayo Herczig, 2010

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2010

c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-96601-92-5

Depósito Legal: M-2402-2011

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: © foto de Ascensión Cuesta: *Travesía*, 1991

Impresión y producción gráfica: Disegraf Soluciones Gráficas

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El alma se extingue

SERÍAN LAS NUEVE DE LA MAÑANA cuando me detuve en la esquina de la Kalakaua Avenue, ante un puesto de gasolina.

En vano me puse a accionar la bocina: Ralph no se dejaba ver. Seguramente estaría entretenido en la tienda de la diminuta florista china, charlando con ella. Ya en otras ocasiones me había pasado lo mismo: tener que sacar a bocinazo limpio de la sombra de los gigantescos y verdes helechos de aquella tienda de flores a Ralph, el robusto muchacho irlandés, de cabellos rubios rojizos, que tenía fama de gran jugador de béisbol.

No tenía yo prisa, y éste fue el motivo por el que dejé de hacer sonar la bocina. Toda mi vida he demostrado comprensión con los instantes de dicha demasiado breves de la

vida humana, aun cuando lleguen a causar algún desorden. El mercado de frutas adonde me dirigía no se me iba a escapar; así pues, podía esperar muy bien unos cinco o diez minutos. Desde luego, a decir verdad, no me desagradaba en el fondo una pequeño receso de descanso frente al volante de mi coche inmóvil. Además, Ralph era amigo mío. ¿Por qué no dejar que el muy pícaro se desahogara, abrazando a la chinita de los ojos almendrados? Apostaría cualquier cosa a que aparecería otra vez con la cara toda arañada.

Miré a mi alrededor, aburrido; extendí la vista por aquel terreno despoblado y cubierto de grava comprimida. Todos esos descampados se parecen extraordinariamente.

Surgen en ellos unos tras otros los puestos de gasolina, así como las diminutas tiendas de estilo americano; los *candy stores* que exhalan olor de azúcar; las abacerías, con los almacenes de objetos de deporte, de falsas antigüedades, con ánforas, alfombras y atavíos de plumas de indios. Nacen luego los innumerables institutos de belleza, proliferando como higos chumbos en los arenosos desiertos tropicales. Así, por ejemplo, el descampado del que estoy hablando, cuenta en un extremo con un campo de *minigolf* que, naturalmente, apenas mide unos cincuenta pasos de largo por veinte de ancho. Está circundado por una empalizada y adornado de rocas y arroyuelos, con bancos esparcidos aquí y allá, en los puntos más pintorescos, para brindar un reposo a quien se canse en aquel

territorio *inmenso*. El césped está sustituido por un paño verde tendido sobre el entablado, y ya fuertemente descolorido por el sol. La entrada cuesta quince *cents*, por cuya cantidad los aficionados a dicho deporte tienen el derecho a perseguir durante dos horas enteras la pelotita blanca, de un agujero a otro, pueden taconear, andar de aquí para allá sobre las crujientes tablas cubiertas de arpillera, que pretenden representar senderos de montaña. En una palabra, pueden pasear y sentirse felices en el seno de la madre naturaleza. Siempre he profesado una vehemente repulsión por tales campos de golf. ¿O es que no resulta exasperante ver cómo todas las iniciativas comerciales del temperamento norteamericano se propalan con la celeridad de los hongos, hasta en la isla de Oahú? Por suerte, en dicho campo de golf la vida no es exageradamente intensa. El propietario, o mejor dicho la propietaria —que, vista de espaldas, con sus cabellos rubios aceitados sobre la nuca, podría parecer un colegial, aunque después, mirándole la cara, se descubre que es más bien una señora de edad, con el rostro huesudo y lleno de arrugas—, está sentada junto a la entrada, absorta en una labor de bordado. Paso yo por aquí todo los días, por gasolina, y nunca he visto ni un alma en este campo.

Ralph dice que desde hace diez días, o sea el tiempo pasado desde la inauguración, no ha entrado más que un solo cliente: un japonés chiflado, quien, con su sonriente cara, estuvo jugando solo durante cuatro horas enteras.

Me asaltan unos pensamientos extraños. Pienso que si Cook no hubiera descubierto unos ciento cincuenta años atrás las islas Sandwich, donde ahora se elevan los grandes almacenes *Whiter & Whiter*, construidos según el modelo de Chicago, o en el sitio del cinematógrafo que, con sus carteles hace publicidad de las estrellas de Hollywood, aún reverdecerían allí las selvas de acaciakoa y de palmeras, proyectando sobre los cuerpos desnudos de los indígenas sus sombras estriadas. En lugar de los Fords de frenos quejumbrosos, las ninfas de Hawai pasearían por la orilla su pelo negro de jade ornado de guirnaldas de flores rojas y blancas. Y cantarían, cantarían con dulzura un cántico extraño, melodía del viento y de la ola, hundiéndose en el rayo de sol ardiente y en el azul resplandeciente, como las alas de las aves y las mariposas de este país.

Cuando puedo disponer de algún día libre, cargo sobre mi coche la tienda y la cocina portátil y unos bidones de carburante, atravesando las vastas plantaciones de plátanos, los pálidos campos de arroz y los campos dorado oscuro de piñas, con mi mujer y mi niño, y me voy hacia la parte septentrional de la isla, donde aún viven los canacos, esos ejemplares bellísimos y vigorosos de la raza polinesia, en el estado virginal de la selva de antaño. Todos llevan nombres extraños. Tiihau, Kauhai, Hoabú, Lanahu, Maui.

Sin embargo, los que emigran a las ciudades, arrastrados por el torbellino yanqui de Honolulu, se dejan bautizar y se

transforman en ciudadanos de los Estados Unidos, pierden esos nombres tan melodiosos como el sonido de un oboe, y ostentan en su mayoría unos apellidos altisonantes entresacados de la Historia Universal. Así, por ejemplo, conozco a uno, que vende cordones y betún para el calzado delante del Hotel Carlton, que se llama Bonaparte, y a un peluquero que responde por Jesús. Mi criado fue mucho más modesto, pues se contentó con el nombre de Pilátus. Pilátus es todavía muy joven; supone él que debe de tener diecisiete años, mas no lo sabe con seguridad, pues en la isla de Niihau, donde nació, bajo la tienda de humo gigantesca, pero benigna, de los volcanes, no existe registro civil. Sus grandes ojos negros brillan con luz azul, sabe caminar y moverse sin el más leve ruido, y su cuerpo es virginalmente elástico como el de un salvaje. Hace ya cinco años que le tengo a mi servicio.

Cuando emprendo una de esas excursiones, me suelo llevar a Pilátus, que habla discretamente bien el inglés, aunque no por eso ha olvidado su lengua nativa.

También Jene y Andrew son muy dados a tales excursiones, y siempre les da un vuelco el corazón cuando es preciso levantar la tienda para volver a la ciudad. Guardo de esas salidas una infinidad de fotografías. Pero es imposible reproducir en ellas el color del aire y los rayos verdes y dorados del sol que se insinúan entre la fronda. No se puede representar el sabor aromático de la atmósfera, ni ese gorjeo

de los pájaros que nunca oí en mi antigua patria. Las mujeres indígenas aparecen desnudas en las fotografías, pero en realidad su desnudez no parece ser tal, pues su piel tiene el color del cacao. Además, para ser justo, debo añadir que son demasiado gordas y un poco fofas. Creo que esto será el efecto del exceso de cocos y de plátanos con que se alimentan. Los hombres, en cambio, son todos atléticos, ágiles y ligeros. Cuando están de pie en la popa de sus barcas, con el arpón en la mano, dispuestos a lanzarlo, su cuerpo presenta una configuración verdaderamente digna del cincel de Carpeaux.

Jene, que posee una diminuta estatua de Carpeaux representando a un negro en el acto de lanzar la jabalina (se la compré yo por diez francos en el vestíbulo del Louvre), es muy aficionada a la escultura, y ha modelado incluso uno de estos jóvenes canacos lanzadores de arpón. Su obra, francamente, no me gusta. El busto de la estatuita es tan amplio que bastaría, no para uno, sino hasta para dos indígenas. Ni que decir tiene que, naturalmente, no le he revelado esta opinión mía. Al contrario, encontré una infinidad de palabras bonitas para expresar mi entusiasmo por su obra. ¡Pobrecilla! Estaba tan agitada y febril mientras la modelaba, que ni siquiera pudo dormir de noche. Cuando creyó que yo me había dormido ya, encendió en la tienda su pila eléctrica, bajó de la cama sin hacer ruido, sacó la arcilla húmeda

de entre los trapos mojados, y estirando el cuello se puso a contemplar largo rato su minúscula obra maestra.

¡Pobre pequeña Jene mía! ¡Santo Dios! Yo, verdaderamente, puedo juzgarme feliz. Cada vez que pienso en ella, siento inflamarse agradablemente mi corazón: y ese calor es dulcísimo.

Absorto en tales pensamientos, me sobresalté de repente. A mis oídos llegaron unas palabras húngaras.

—*Jónapot!*¹

Era el viejo Coleridge que se me acercaba. Matthew Coleridge, veinticinco años atrás aún se llamaba Mátyás Kolebits, el único húngaro que conozco en mi entorno establecido en Honolulu. Por lo menos que yo sepa. Es propietario de un taller de reparaciones de automóviles, situado muy cerca del edificio que fue antaño el palacio del rey Kamehameha. A veces pasan meses sin que nos veamos.

Venía disparado hacia mí; bajo sus zapatos crujía la grava. Se apoyó con los codos en la ventanilla de mi coche.

—Oiga, mister Pekri; usted, que tiene una memoria mucho mejor que la mía, ¿podría decirme cómo se llama en Budapest aquella calle que conduce de la plaza de los Franciscanos hasta la orilla del Danubio?

Con un gesto de la mano habitual en él, añadió, para explicarse mejor:

1. ¡Buenos días!

—En Budapest tengo una sobrina; el único pariente mío que vive aún en nuestra patria. Cuando hace tres años estuve en Budapest, me hospedé en su casa. Esa casa la conozco, sé hasta el número, pero ya no me acuerdo del nombre de la calle...

—¿Quiere usted escribirle?

—Quiero mandarle dinero. No mucho: cien dólares. La pobrecita vive de una pequeña pensión, muy pobremente. Cuando la visité, su hija tenía dieciséis años. Aquella muchacha me tiene robado el corazón. Ya entonces le di cincuenta dólares. Creo que ahora a lo mejor está a punto de casarse y que, en tal caso, los cien dólares llegarían muy a propósito para la pequeña Margit... Tenía apuntada la dirección, pero la perdí. La estoy buscando y no la encuentro desde hace cuatro días...

—¿Dice usted la calle que conduce de la plaza de los Franciscanos a la orilla del Danubio?

—Sí. Y aún me acuerdo que desemboca en la misma calle Molnár. ¿Qué? ¿Se acuerda?

—Sí, conozco aquel barrio de Budapest como la palma de mi mano. Durante dos años fui a la Universidad, que queda allí cerca. Espere, déjenme pensar un instante...

—Hay en aquella maldita calle una tienda de pájaros...

—¡La calle del Seminario!

El viejo hizo un gesto decepcionado.

—No, la calle del Seminario pasa por delante de la iglesia de la Universidad. Cerca del palacio Károly. Me refiero a aquella otra que está más allá, hacia la calle Kossuth Lajos. Rómpase un poco la cabeza...

Cierro los ojos y veo claramente la plaza de los Franciscanos. Veo las palomas sobre el asfalto, ante la iglesia, oigo el campanileo de los tranvías. ¡Sí, estoy seguro, absolutamente seguro de que conozco aquella calle! Conozco hasta cada una de las casas que hay en ella. Allí está el Círculo del Águila, y, enfrente, el Gobierno militar. Lo tengo en la punta de la lengua y, sin embargo, no logró pronunciar el nombre.

Kolerits procura ayudar:

—Lleva el nombre de un héroe de la guerra de la independencia...

El esfuerzo de pensar ha hecho inmóviles y pungentes nuestras miradas. El viejo tamborilea nervioso e impaciente sobre el guardabarros. Después, mira hacia la avenida Kalakaua, como si buscara a alguien más que pudiera decirle el nombre que se le escapa. Sin embargo, esto, en las antípodas de Budapest, parece verdaderamente poco probable.

Entonces, me da un golpe en la espalda y dice:

—Dejémoslo estar. Da igual. Si por casualidad le viene el nombre a la memoria, llámeme por teléfono...

Me estrecha la mano, me vuelve la espalda y desaparece entre la muchedumbre de la avenida Kalakaua.

Me quedo solo otra vez. Pero ahora ya no quiero pensar en el nombre de aquella calle, sobre todo porque estoy convencido de que, de no haber querido pensarlo, instantáneamente me hubiese venido a la memoria.

Pero ese Ralph ya podría venir por fin. La tienda de la florista está a unos treinta pasos apenas. Es una extraña casita en medio del terreno despoblado. ¿Casita? No, ni tan sólo eso. Un inmenso búcaro con tulipanes rojos, semejante a una gigantesca y fantástica decoración teatral. Como si Gulliver hubiera pasado secretamente una noche por la ciudad de Lilliput, dejando a los habitantes, en señal de saludo y cumplimiento, un enorme florero.

Me gusta esa idea de propaganda comercial a la americana. Es artística. Entre los edificios áridos y poco estéticos, aquel enorme búcaro brilla alegremente y con brío en el sol tropical. No tiene ningún rótulo, ningún anuncio, pues habla por sí solo. Hay aquí otras tiendas semejantes. Un almacén de frutas tiene la forma de una enorme naranja; una panadería está escondida en el interior de un inmenso pan, con la puerta y las ventanas disimuladas.

También aquí, la entrada a la tienda está en la base del florero. Y dentro, donde las raíces de la planta tendrían que serpentear en la tierra, sola, detrás del mostrador, está Sen-Cheng, la chinita, con una peineta de rojo coral en el moño. Muda y misteriosa, escucha las mil tonterías que Ralph,

apoyado en el mostrador, le está contando con infatigable ardor.

Un nuevo bocinazo muy enérgico.

Por fin, Ralph surge de aquel jarrón de flores. Ya desde lejos hace brillar sus dientes grandes y planos, lo que en él significa una sonrisa, y, en el caso actual, una sonrisa de excusa.

Al llegar a la bomba de gasolina, me saluda sólo con un gesto de las cejas. Echa mano del tubo negro de caucho, bombea en mi coche los diez galones de gasolina habituales. Me incorporo sobre el asiento y, con toda mi fuerza, le asesto un puñetazo en la espalda.

—Tú... *ladykiller!* ¡Hace media hora que estoy esperando, bellaco! ¿Estás comprando flores durante todo el santo día o qué?

Pero Ralph no me contesta; tan sólo sonrío. Tal vez también porque el puñetazo me ha hecho más daño a mí que a él. Bajo la ligera camisa de Ralph, su espalda y su brazo tienen la dureza de los muebles de madera tapizados.

Sin embargo, dejo de interesarme por el idilio amoroso de Ralph y de la señorita Cheng. Me invadía por todo el cuerpo una extraña impresión de que algo había muerto en mí. Algo se había apagado, algo se había desvanecido en mi memoria: llegó a escapárseme el nombre de una calle de Budapest. Y no era la primera vez que observaba en mí semejante

fenómeno. Ahora ya pienso en inglés, sueño en inglés, y sólo uso el idioma *magyar* cuando, muy de vez en cuando, escribo una carta a mi madre.

El otro día no me vino a la mente el sinónimo que tenemos en húngaro para *sovány*, «delgado». Esta nimiedad sin importancia me perturbó de manera incomprensible. Durante todo el día estuve molesto y malhumorado. Sólo al día siguiente, al desayunar, me acordé de este verso:

*Osztöver kútágas, hórihorgas gémmel...*²

¡Por fin! *Ösztöver*, naturalmente que *ösztvör*... estaba tan contento de haber encontrado esta palabra, *esmirriada*, como si después de haber perdido mi sortija en el agua, buceando hasta el fondo del lago, la hubiese vuelto a hallar.

Jene me miró asustada, cuando, súbitamente, me oyó exclamar:

—*Osztvör!*

—*What? What do you say?*

Naturalmente, ella no puede tener ni la menor idea de lo que ocurre en tales ocasiones en el fondo de mi alma.

Mi coche, después de haber absorbido sus diez galones de gasolina, recorrió alegremente la *Walakaua Avenue*; hasta su bocina sonaba más jovial que antes. Me detuve ante una tienda, pues un rótulo anunciaba que vendían carne de reno.

2. Perca esmirriada del pozo, garza patilarga...

Esta carne nos llega congelada desde Canadá, pero tan pocas veces al año, que ha adquirido el carácter de una verdadera golosina. Compré una libra, pues me gusta mucho esa carne negrorrojiza, con salsa picante, preparada a la cazadora, según una receta de mi madre.

En el mercado de frutas adquiero todo cuanto Pilátus me había apuntado en un papel. Actualmente soy yo quien hago las compras, pues estoy solo.

Jene y Andrew se fueron la semana pasada a San Diego. Jene ha ido a visitar a sus padres. Ya habrán llegado a su destino; la travesía dura tan sólo cinco días. ¡*Tan sólo!* ¡Cómo se acostumbra uno a las distancias! San Diego está tan lejos de aquí como Nueva York de Europa. Es la ciudad más meridional de la costa occidental de California. Y no siempre lo tengo tan presente en mi imaginación como si estuviera aquí al lado, pues pienso: ¡cuánto más lejos, cuán infinita y desesperadamente más lejos queda de San Diego mi provincia nativa de Borsod!...

Es extraño que, cuando estoy solo, piense en mi casa con mayor insistencia. Ahora que Jene y mi hijito no están junto a mí, en las habitaciones vacías y mudas me asaltan los lejanos recuerdos de mi infancia.

En vano intento pensar en otra cosa; aquella calle de Budapest me ha alterado e incomodado demasiado. De ahora en adelante, ¿ya será siempre así?

Entrego a Pilátus los paquetes y me retiro a mi cuarto. Me retuerzo las manos, me hundo las uñas en la frente. ¡Santo Dios!, ¿cómo se llama aquella calle?...

Y me asalta un dolor violento y salvaje. ¡Nunca, nunca volveré a ver a mi madre! ¡Nunca, nunca volveré a Hungría!

En vano quiero ilusionarme. Aquel viaje de hace dos años me arruinó económicamente. ¡Nunca, nunca más...!

Un gemido surge de mi garganta, y mis ojos se inundan de lágrimas. Me tiro sobre el sofá y lloro. Lloro convulsivamente, sollozando y gimiendo.

Pilátus entra en el cuarto, consternado. Pero yo le hago seña de que se retire. Pilátus no se mueve.

—*Homesick*... añoranza de mi tierra... —le digo gimiendo, y una vez más le hago señas de que me deje solo.

Y Pilátus se va. Ahora comprende. También él sabe lo que es la *homesickness*, la nostalgia. Una vez le vi en estado semejante, y en aquella ocasión fue él quien, escondiendo su rostro entre las manos, había murmurado con un gemido hacia mí: *homesick*.

EN LO SUCESIVO NO PERMITIRÉ nunca más que Jene se aleje de mí. Ni un solo día. Cuando tengo a Jene a mi lado, nunca siento tan terriblemente el tedio de mi vida. Pronto tendré treinta años, y sólo tenía veinte cuando me marché de Hungría. Después de diez años de agonía, estoy muerto, pero tengo aún los ojos abiertos y en ellos se reflejan las imágenes de un mundo muerto. Recuerdo más la mirada de mi madre, la mano de mi madre, el collar de verdes perlas de mi madre, con otro tipo de relieve que la mano de Jene o el anillo de Jene. Oigo el rechinar de la cancela de nuestra vieja casa, de manera distinta que aquí en Honolulu; o el reteñir de las campanillas con que el carrito a motor del pastelero filipino vestido de blanco me hace saber que ha llegado bajo